

LA VICTORIA DE TETUAN.

Hijos de aquellos cuya altiva frente
El sol de rayos coronó en Oriente,
Y el mundo todo, ante su faz abierto,
Recorrieron en rápidos corceles,
Barriendo con sus blancos alquiceles
Las revueltas arenas del desierto;
Hijos de aquellos que la España un día
En sangrientos girones desgarraron,
Y de Alhambras y cármenes bordaron
El manto de la hermosa Andalucía:
¿Dónde están los aromas y las flores
Que exhalaban ayer vuestros jardines?

¿Dónde vuestros mayores
 Ocultaron la lanza vencedora
 De aquellos esforzados paladines?
 ¿Dónde apagó su acento
 La dulce trova que en la guzla mora
 Lanzaba la doncella enamorada
 A las ondas del viento
 Que arrullaba las flores de Granada?

Huyeron ¡ay! por siempre.
 Há cuatro siglos que las turbias olas,
 De los vecinos mares
 No quiebran sus espumas
 Al pié de los dorados alminares
 Que alzasteis en las playas españolas.
 Há cuatro siglos que las blandas plumas
 No acarician aquí de las esclavas
 Los desnudos encantos,
 Entre sedas y perlas y oro presos,
 Ni mezclan en el aire con sus giros
 Los lúbricos suspiros,
 Ni en el harem los perfumados besos.
 Há cuatro siglos que en la opuesta orilla
 Vuestro orgullo recuerda su quebranto,

Al mirar con espanto
 La sombra que las torres de Castilla
 Dejan caer en la africana tierra.
 Y roto allí vuestro poder reposa
 Como en lóbrega tumba, y una losa
 De cuatro siglos vuestra tumba cierra;
 Y al soplo de los recios vendavales,
 Profundos ayes del simoun violento,
 Se arrastra en los tendidos arenales,
 Desgarrado y sangriento,
 El rojo airon de la imperial bandera;
 Y al escuchar la voz de la venganza,
 El águila altanera,
 Que en las rocas del Atlas se cernia,
 Cantando el lauro de la hueste impía,
 Sus corvas alas al desierto lanza,
 Y en grito ronco y fuerte,
 Cual cantó su poder, canta su muerte.
 Y ya un sudario de vergüenza oculta,
 — Cadáver yerto, — á vuestra estirpe brava,
 Y hendiendo el aire la cristiana clava,
 Vuestra frente arrogante
 En el polvo sepulta.
 Álzase luego rápida, humeante,

Y al viento, cual despojos,
Lanza, mezclados en turbion deshecho,
La sangre que destila vuestro pecho
Y el llanto que derraman vuestros ojos.

¡Victoria, sí, victoria! En sangre rojos,
Cubren montes y llanos
Esparcidos trofeos,
Que arrojaron cobardes vuestras manos.
¡Sí! ¡Mirad por do quiera
Vuestras hordas huir! ¡Bajad las frentes!
El cielo en vuestro daño persevera,
Y de ellos son testigos elocuentes
Negron, Quad-el-Jelú, Zamir y Anghera.
¡Sí! Vencido y deshecho en la pelea
Vuestro feroz orgullo no domado,
Ya, sobre el alto muro abandonado,
El hispano pendon al viento ondea.
¡Victoria, sí! Verted ardiente llanto,
Que escalde el rostro, por el sol teñido,
Al mirar abatido
Vuestro antiguo poder, de estrago tanto
En las horas horrendas.
¡Victoria, sí! Las destrozadas tiendas

De la gente africana
Sangriento el sol alumbrará mañana.
La victoria es el lema
Que el justo lleva en su pendon grabado;
Es la sola diadema
Que laureles de paz ciñe al soldado;
Es de la sangre la postrera gota
Que derraman los héroes en la tierra;
Es el beso de amor, que ronco brota
De los ardientes labios de la guerra.

¿No os lo dijimos ya? ¿No percibisteis,
Al soñaros soberbios y potentes,
El rudo acento de la voz sonora,
Que, nacida de un mundo de valientes
En el pecho iracundo,
Y sonando en los aires vengadora,
Cayó en el otro mundo?
«A vuestra patria iremos,
— Clamó el reto, salvando los espacios; —
Si á la sombra del dolo nos vencisteis,
A la luz del honor os venceremos,
Y los régios palacios
Que en nuestro suelo fabricasteis ántes,

Con los blancos turbantes
De la morisca luna alombraremos.»
Dijo; y el viento, que en redor cruzaba,
El reto entre sus ondas esparcia,
Y el mar, que entre nosotros se agitaba,
El reto entre sus ondas escribía.

¡Y gritais «Libertad»! Callad, esclavos,
Que, al carro de los déspotas uncidos,
Sus miserias cantais y sus pasiones,
Y llevais oprimidos
Con cadenas de error los corazones.
Para siempre sucumba
Vuestro poder; en la extensión desierta
Ocultad con pavor vuestros enconos;
Abrid á los tiranos una tumba,
Con el polvo cubierta
De los rotos pedazos de sus tronos,
Y los aceros castellanos labren
La libertad de los que ciegos gimen;
Que los brazos del déspota se oprimen
Donde los brazos de la cruz se abren.

¿No os lo dijimos ya? Vuestra impotencia

¿No vió que con el dedo de la gloria
Nuestra suerte trazó la Providencia
En las hojas del libro de la historia?
El águila gigante,
Que, en las alturas remontada un día,
Por cielos y por mares esparcia
Su hermoso cambiante
De blanca luz y de colores rojos;
La que adornó á la Europa con sus galas,
Y derramó por la apartada zona
De América las plumas de sus alas;
La que posó en Italia su corona,
En Grecia sus despojos,
Y allá en la inmóvil oriental ruina
El áureo rayo de sus negros ojos;
El águila latina
Clava en Marruecos la terrible garra,
Y, rompiendo las sombras del ultraje,
En girones al África desgarró
Para ornar su fantástico plumaje.
Ella, cruzando el ámbito profundo,
Bajó del cielo á dominar el mundo;
Ella, elevando el arrogante vuelo,
El mundo debe levantar al cielo.

¡Valor, soldados! Vuestros hechos dicen
 Que España torna á sus hermosos dias.
 ¿Ansiais laureles? En el suelo crecen
 Del rico cármén que pisais ahora,
 Y entre rosas y mirtos embellecen
 La ardiente sien de la sultana mora.
 ¿Quereis himnos, y trovas, y armonías,
 Que el lauro que lograstéis eternicen?
 El África unirá vuestras canciones
 Al enorme concierto
 Del áspero rugir de sus leones.
 ¿Quereis palmas? En medio del desierto
 Sobre la frente del simoun cimbrean.
 Cruzad con ellas los revueltos mares,
 Y, benditas al pié de los altares,
 Ceñidas luego á vuestra frente sean.

Y vosotros, que en medio del delirio
 Del combate caisteis,
 Ceñidos con la palma del martirio,
 Nobles héroes, oid: — La losa fria
 Que desde ayer sobre vosotros pesa,
 Para seguir la comenzada empresa
 Nos servirá de guía.

No moriréis jamas, y vuestra suerte
 Vivirá de la patria en la memoria.
 La tumba de los hombres es la muerte,
 La tumba de los héroes es la gloria.

EL BESO.

El beso, como tierna mariposa,
Que va de flor á flor volando breve,
De boca á boca desprendido, mueve
Sus tenues alas de color de rosa;

Es á veces sonrisa cariñosa,
Que el dulce gozo sobre el labio llueve,
O lágrima tal vez ardiente y leve,
Que del llagado corazon rebosa;

O bien suspiro triste y anhelante,
Que da la angustia á la perdida calma;
Mas para mí, que gimo delirante,

De amor ornado por la hermosa palma,
Es la esencia del alma de mi amante,
Que baña las esencias de mi alma.

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL DILUVIO.

Tembló la sombra : su fantasma fría
Conmovieron del trueno los acentos,
Gemidos de dolor y de agonía,
Que derramó la tempestad sombría ;
Encadenada en brazos de los vientos.

Las olas de las aguas revolviéron
Su masa turbulenta,
La tormenta en sus senos oprimieron,
Y, bramando en los aires, ascendieron
A escupir en los cielos la tormenta.

Y cesaron por fin : envuelto el mundo
 Quedó en sombras flotantes y talares,
 Y con temblor profundo
 Estremeció el diluvio moribundo
 Su sudario de nieblas y de mares.

Lívidos rayos en redor brillaron,
 Cual pálidas antorchas sepulcrales,
 Y un cadáver inmenso iluminaron,
 Y encima de él cruzaron
 Las tinieblas sus mantos funerales.

Y al fin, su brazo el huracan tendiendo,
 Limpió de sombras la extension entera,
 Ondas y mubes por do quier barriendo,
 Los mares esparciendo,
 Y arrancando al azul su cabellera.

Y ornado de fugaces resplandores,
 Tendido allá por los celestes velos,
 Alzóse luego el arco de colores,
 Cual diadema de flores,
 Coronando la frente de los cielos.

Y el mundo vió, radiante de ventura,
 Al sol verter su fúlgido tesoro;
 Águila enorme que cruzó la altura,
 Rompiendo el velo de la niebla oscura
 Con sus alas de púrpura y de oro.

Y pensó, contemplando la belleza
 De aquella luz que al orbe coloraba,
 Que sobre su cabeza;
 Con inmensa fijeza,
 El ojo del Eterno le miraba.

LO QUE DICE MI MADRE.

Dejadme que á la inclemencia
Me abandone del dolor,
Pues tienen preso á mi amor
Las cadenas de la ausencia.....

Dejad que mi dulce calma
Enturbien tristes enojos;
Dejad que lloren los ojos
Las penas que siente el alma.

Dejad al llanto extinguir
El fuego de mi pesar :
¡Es tan hermoso llorar
Cuando se llega á sufrir!

Dejadme, en fin, al rigor
De mi suerte sucumbir :
¡Es tan hermoso morir
Cuando se muere de amor!

Y mi amor es una herida
Por el mismo amor curada;
Es lágrima derramada
Sobre la flor de mi vida.

Es la encantadora palma
Que de paz ha coronado
A un corazón engarzado
En el nácar de mi alma :

Pasión sin celos ni pena,
Sol sin mañana ni tarde,
Fuego donde siempre arde
El cáliz de una azúcena.

Es un infinito anhelo
Por Dios en mi sér creado;
Es el aroma exhalado
En un suspiro del cielo :

Rayo de luciente oro,
Que lanza el sol de mi gloria,
Pues mi amor es la memoria
Del hijo que ausente lloro.

Siempre mi mente atesora
Este pensamiento fijo :
¿No sabéis lo que es un hijo
Para una madre que llora?

Yo, que he vivido mirando
Sin cesar sus ojos bellos,
Rizándole los cabellos
Calor de mi aliento blando;

Yo, que con constante empeño
Pasé noches, una á una,
Sentada al pié de su cuna,
Velando su dulce sueño;

Yo, que aspiré la fragancia
De la flor de su existencia;
Yo, que arrullé la inocencia
De los juegos de su infancia;

Yo, que al Hacedor un día
Tierna le enseñé á adorar;
Yo, que le enseñé á rezar
Ante la Virgen María;

Yo, que con ansias extrañas
Formé su dicha cumplida,
Porque me arranqué su vida
Del fondo de mis entrañas,

Hoy sólo puedo exclamar
En amante desvarío:
«¿En dónde estás, hijo mio,
Que no te puedo abrazar?»

Aura, que me das tu aliento,
Sueño, que me das tu calma,
Id, y verted en su alma
La luz de mi pensamiento.

Mansas olas de los mares,
Que bañan la patria mía,
Llevadle siempre alegría,
Trayéndome sus pesares.

Sol, que cruzas del espacio
Por los ámbitos azules,
Ornando, al pasar, sus tules
Con guirnaldas de topacio;

Dile que mi amor es fiel,
Dile que mi afecto es ciego,
Dile que si al cielo ruego,
Estoy rogando por él.

Blanca luna, que en el río
Bañando tus rayos vas,
Y que tanto mirarás
Los ojos del hijo mio;

Faro de triste consuelo,
Que brillas, pálido astro,
Cual lágrima de alabastro
En las pupilas del cielo;

Dile que por él suspiro,
Que tu luz mi amor retrata,
Y que tu rostro de plata
Mire cuando yo le miro.

Así unirás de los dos
El cariño puro y santo,
Tú, que te aproximas tanto
Al trono donde está Dios.

Y así, si mi pecho alcanza
Una esperanza, creeré
Que Dios con tu luz da fe
A la luz de mi esperanza.

¿Qué otro consuelo quedar
Puede ya á mi padecer?
¡Es tan hermoso creer!
¡Es tan hermoso esperar!

Dejad que, en mi desventura,
Escriba, esperando en tanto,
Con letras de ardiente llanto
La historia de mi amargura;

Dejadme, sí; que el dolor
Mis lágrimas borrarán;
Dejadme sentir mi afán,
Dejadme llorar mi amor.

LA ÚLTIMA ESTRELLA.

Á ÁNGELA.

Iba la noche á declinar; volaba,
Meciéndose entre sombras, hácia ocaso,
Y con su masa infórme,
Montones de tinieblas arrastraba,
Al extender su paso.
Asida al brazo enorme
Del oscuro fantasma de Occidente,
Marchaba á sepultarse en lo profundo;
Y el soñoliento mundo,
Con pasmo mudo y frío,
Del ancha faz de la breñosa frente
Miraba alzarse su fanal sombrío.
Derramando serena,
En vez de rayos, trémulos suspiros,
La triste luna su fulgor borraba,